

(02037)  
En la Bola del Mundo

A don Faustino le encanta el ciclismo. En Mospintoles apenas hay carriles bici y varios sustos con los automovilistas le han convencido de que, en la ciudad, la bicicleta estática es más segura. Sin embargo, cada vez que sale a alguna zona rural se lleva su bicisetilla portátil para darse un pequeño paseo por los caminos forestales, rodeados de arboles y floripondios. Aprovechando que es sábado y que la Vuelta Ciclista a España pasa cerca de Mospintoles, se ha acercado a ver la etapa a la altura del Puerto de Navacerrada. El ciclismo de carretera es el único deporte en que sus espectadores en directo apenas tienen unos segundos para ver cruzar a sus ídolos e idolillos. Brrrrr, un par de segundos, y la caravana multicolor ya se ha perdido de tu vista. Menos mal que antes de que los ciclistas pasen raudos delante de tus narices, como si los persiguiera el diablo, la organización se encarga de animar el espectáculo con mucha sirena, muchos coches de propaganda y mucha moto periodística.

—Aquí estoy —mascullaba el viejo profesor, al tiempo que le daba un mordisco a un bocata— a punto de pillar una pulmonía porque hace más frío del que esperaba. La pena es no haber podido subir cerca de la Bola del Mundo para ver con más detalle el paso de los ciclistas pero yo ya no estoy para esos trotes, los de subir andando esas rampas en torno al 15 %. No digamos hacerlo en bicicleta. Pobrecillos míos, la que les espera a los esforzados de la ruta en cuanto empiecen el camino de los tres últimos kilómetros, todo hormigón irregular y estriado. Someter este soberano esfuerzo a unos ciclistas que llevan ya 20 días montados encima de la bicicleta soportando todas las inclemencias del tiempo y de las carreteras, me parece que roza el sadismo por parte de los organizadores. Más de 80 horas pedaleando, que se dice pronto. Y para darles la puntilla, la Bola del Mundo esa, a dos mil doscientos metros de altura, con rampas que no se las salta ni un galgo. Seguro que mañana todos los periódicos hablarán de que el ciclismo ha resucitado, de etapa memorable y memeces parecidas. A esos tuerceletras les ponía yo en una bici cuesta arriba, que una cosa es pedir a los ciclistas un esfuerzo asumible y otra exigirles que sean gente de otro planeta. Las grandes carreras ciclistas, el Tour, el Giro, la Vuelta..., están dirigidas por gente dispuesta a putear a los ciclistas hasta límites casi inhumanos.

Don Faustino tenía también interés por ver a Rafael García, un ciclista de Mospintoles que participaba en la carrera. Un chico serio y formal, aunque poco estudioso en sus años mozos, y que sobre la bici era capaz de hacer diabluras, sobre todo en llano. Pese a ello nunca había destacado en el pelotón nacional pues ni llegaba a la categoría de un Freire ni en la montaña se defendía muy bien. Era un buen gregario, callado y disciplinado, capaz de darlo todo por el equipo y por el líder. A sus 32 años había decidido que esta sería su última carrera, retirándose de la alta y media competición. Lo haría casi tan anónimamente como había llegado. Los medios sólo centran su atención en los jefes y primeros espadas de los equipos, como si el resto de corredores fuesen

meros comparsas. El bueno de Rafael había saludado al profesor escasos días antes del inicio de la Vuelta y le había contado que estaba ya muy quemado, así que pensaba bajarse del sillín al final de la misma para dedicarse a vivir mucho más tranquila y saludablemente. En sus once años de ciclista profesional del montón sólo había ganado lo justo para sacar la familia adelante, pero aún así no se quejaba. Tras su retirada, trabajaría con su padre en un pequeño negocio familiar, cómodo y seguro, sin tener que arriesgar el pellejo en arriesgados descensos, echar el hígado en empinadas cuestas y aguantar a multitud de capullos que hasta en horas intempestivas le sacaban sangre de las venas para ver si estaba “limpio”.

Mientras esperaba al pie del arcén el paso de los corredores, don Faustino reflexionó sobre la enorme cantidad de gente que –como él– se había desplazado a la sierra y a la mismísima Bola del Mundo para ver el final de la etapa.

—De estos miles y miles de aficionados, la gran mayoría sólo ha venido a ver el circo que rodea la vuelta. Y a ver si algún ciclista revienta en la subida a la Bola, que aquí mucha afición al ciclismo pero sólo cuando a los corredores se las hacen pasar putísimas...

Entonces empezaron a sonar más fuerte las sirenas de las motos. El pelotón se acercaba. A los ciclistas se les notaba muy cansados. El altísimo ritmo de la etapa les estaba pasando factura, así como tantos días de competición. Pese a ello, seguro que estaban ahorrando las pocas fuerzas que aún les quedaban para hacer el subidón que les esperaba en los últimos kilómetros. La última escapada ya había sido desmantelada y ahora, todos en fila india, caminaban directos al matadero. Así, al menos, lo entendía don Faustino. Los ciclistas pasaron como una ráfaga de viento fresco por delante del profesor, quien buscó afanoso la figura del ciclista mospintoleño. Y la vio, justo en la cola del pelotón. El último de la fila. Allí iba Rafael, la cara seria, cabreada, pedaleando con dificultad. Le hubiera gritado unas palabras de ánimo pero no salieron de su boca. Al verle alejarse carretera arriba, don Faustino entró en el bar estratégicamente situado en aquella curva de Navacerrada, donde el puerto comenzaba a empinarse muy seriamente. Se acodó en la barra, pidió un café con leche y se dispuso a ver el final de la etapa a través de la televisión.

“La leche, qué pájara llevo encima... Y no me extraña porque de las 20 etapas de la vuelta, ocho han sido de media y alta montaña y dos de contrarreloj. Vamos, lo que más me gusta... Treinta y nueve puertos de montaña, para que te vayan dando, Rafaelito... Y, como propina, la Bola esa del mundo, que está donde cristo perdió el gorro. Una pendiente media del 15 %, según el jodido libro de ruta. A veces hasta rampas del 20 %, para que reventemos de placer los ciclistas. Con un piso de hormigón irregular y lleno de baches. Ni los coches pueden subir, así que el que pinche se quedará más tieso que un palo como no



sea que él mismo ponga el parche a la rueda. Eso sí, todo el mundo coincide en que la cosa va a ser espectacular. Coño, de espectacular nada de nada. Un infierno al que no sé si seré capaz de llegar porque, joder, cuánto pesa esta bicicleta, parece que sea de hierro. Y eso que todavía faltan dos kilómetros para empezar la subida a la puta bola esa. (...) Esta es mi última vuelta ciclista. Mañana, a estas horas, estaré cobrando el finiquito y a volar. No me gustaría tener que abandonar hoy, cuando he sido capaz de aguantar hasta aquí. Así que, Rafaelito, átate los machos y dosifica el esfuerzo, que aquí nadie te va a ayudar ni echar una mano. Todo para arriba y pedaleando porque como dejes de hacerlo la bici empezará a irse para atrás. Joder, es que estoy acojonado, es que no tengo ni fuerzas y todavía falta lo peor... Después de chuparnos 170 kilómetros a toda pastilla, encima todavía nos falta el paredón ese. Tres kilómetros de cuesta vertical que te cagas. Parece que las carreras las hagan para jodernos vivos a los ciclistas. Echaré un trago de agua, que no veas la que me espera...

...Aquí empieza el maldito infierno. Joder, vaya saltos que da la bicicleta. Voy a acabar con el culo reventado y las lumbares echas polvo. Esto tiene peor pinta que el Angliru y el Mortirolo. Y menos mal, macho, que hace buen tiempo porque con lluvia y viento aquí no salía vivo ni el apuntador... Maldito traqueteo... Si es que esto no es para bicicletas de carrera. Ni para seres humanos... (...) Mierda, se me acaba de saltar la cadena. Y sin coche de socorro, ni mecánicos, ni dios. (...) Esto es pasarse. No hay derecho a que nos hagan esta putada a la mayoría, que no somos ni Contador ni Nibali ni Sastre ni primeros espadas. Nosotros somos gente normal, yo un rodador que me juego la vida en el llano y en la meta, pero que aquí no puedo andar porque peso demasiado. ¡Que le pongan esta maldita Bola sólo a los jefes de fila y a nosotros que nos dejen en paz! ¿Qué necesidad hay de esta salvajada?

...Voy echando los higadillos y todavía no llevo ni un kilómetro de subida. Seguro que el Nibali y el Mosquera ya han llegado a la meta. No veas el rosario de corredores que vamos subiendo como podemos. En sólo tres kilómetros medio pelotón vamos a perder media hora respecto al ganador. Es que se ve venir, Rafael... Y eso contando con que muchos no echemos los pies a tierra. Ahí veo pancartas protestando por la subida a la Bola. Sí, mucho pensar en el medio ambiente, en la ecología, pero nadie piensa en nosotros. (...) Lo que sí hay es mucha gente. Les temo más que a una vara verde. Mira estos tíos, ahí delante de este puto camino forestal más pelado que el culo de un mono. No nos dejan ni verlo. ¡Coño, apartaros de ahí, que tenemos que pasar! Si parece que todos estén mamados... ¡Venga, que tú puedes, cobarde!, me ha dicho uno. No me he bajado de la bicicleta para darle dos tortas porque encima me la cargo yo.



Su padre y su santa madre... Lo que tienen que hacer, af, uf, es dejarnos tranquilos, despejar el terreno para que el oxígeno nos llegue mejor y callarse, que ya no sólo me duelen las piernas y el alma si no también los oídos de escuchar tantas idioteces. ¡Y dejarme el culo quieto, con tanta palmadita ni leches! A ver, otro traguito de agua con vitaminas antes de que reviente, glu, glu, glu....

...¡La madre que los parió! Ya voy por la mitad del recorrido y llevo perdidos 15 minutos. ¡En sólo kilómetro y medio! No estoy solo, menos mal. Mal de muchos, consuelo de tontos. Es que no puedo más, las piernas no me responden, los pulmones no cogen aire, mi cabeza está a punto de reventar... Y eso que voy a paso medio trotón... Luego, cuando suba arriba, si llego, encima me querrán pinchar los sádicos vampiros para ver si voy limpio. ¿Limpio? Como pongan en duda mi honor y limpieza me los como vivos... Si llevo cuatro días con moquillo, uf, af, y sólo puedo curarlo con pañuelillos de papel... Lo que tendría que hacer, si yo tuviese agallas, es bajarme de la bicicleta, llamar a los pringaos esos de la tele y que me enfocasen viendo cómo la tiro por el barranco. No hay derecho a que nos hagan pasar este infierno a la gran mayoría. Esos dirigentes hipócritas que nos exigen esfuerzos sobrehumanos para sacar ellos pecho y buenos sueldos. Si aquí la gente más honrada somos los que vamos montados sobre estas dos ruedas. ¡Serán mamones! ... Pero Rafael, estás desvariando... Si esos tipos de la tele sólo enchufan a los cuatro que van delante, si para ellos, los demás no existimos... Uf, af, of, ya no aguanto más, voy a tirar la toalla antes que eche la pota. Eh, tú, no me des la palmadita en la espalda, a ver si encima me vas a tirar... ¿Sabrán algo de ciclismo estos capullos?

...Me bajo, sí, me bajo y me voy para Mospintoles. Está cerquita... No quiero saber más de ciclismo putero... Pero..., Rafaelillo, no seas majara, aguanta... que ya sólo queda un kilómetro, total, na de na, sólo un kilometrillo con rampas del 20 %... Yo querría seguir pero mi cerebro me está avisando que estoy a punto de reventar. Y eso que voy el último. ¡Déjame, coño, no me empujes para subir, que encima los jueces son capaces de descalificarme! Señor, el infierno está lleno de buenas intenciones.... Estos últimos metros tengo el cuerpo fatal, si es que voy a echar todos los macarrones que tomé esta madrugada... No hay derecho que nos hagan esta putada, no hay derecho... Y mal pagada, encima, que los jefes cobran mucho pero los gregarios vamos que nos matamos. De verdad que si llego..., ¡quitaos de en medio, mamones, que ya no veo ni la carretera y me voy a llevar a uno por delante...!, si llego voy a decir cuatro palabritas a los que juegan de esta manera con nuestra salud... Claro que... qué voy a adelantar con eso, que me pongan una multa, salir en los papeles, que me



llamen cobarde, que no pueda regresar al pueblo, que se rían de mí... Aguanta, Rafa, que sólo faltan quinientos metros. Hazlo por tus dos churumbeles y por la Rosa. Aguanta, un día más y mañana a estas horas cuelgas la bici, te cagas en la madre que los parió y te vas con la cabeza muy alta a trabajar en algo más descansado que esta locura. Once años de buen profesional no los puedes tirar por la borda por muy indignado que vayas... ¡La Bola del Mundo deberíais de metéroslo donde os quepa, mamonzos!

... Uf, af, allí se ve la meta, un último esfuerzo, por fa, por fin se acaba la pesadilla, ánimo hombre, que ya estás cerca, en tres kilómetros he perdido medio hora respecto a Mosquera, el que me dicen que ha ganado la etapa. Me alegro por él. Tiene mucho mérito lo suyo. Treinta y cinco años, harto de trabajar en el aserradero y de jugarse la vida en carreras de segunda, como yo. Pero al menos hoy tiene su momento de gloria, porque yo... uy, no veo bien la carretera ni la pancarta de la llegada... ¿Dónde está la puta pancarta?... ah, ahí está, y encima pone **"Ahorra energía"**, yo es que me los como con patatas..., capullos..., ¿qué me pasa?, noto algo raro aquí adentro... Oh, ¡dios mío...! "

Don Faustino, pese a que hacía más de media hora que había acabado la etapa, seguía en la barra del bar. Había contemplado en la tele la durísima subida a la Bola y se había alegrado de no haber estado en todo lo alto para contemplarla. Aquel nivel de exigencia a los ciclistas tras tres semanas de carrera, allá arriba, le habría indignado aún más. Si los primeros en llegar a la meta habían llegado exhaustos, no quería ni pensar como lo habrían hecho los últimos. Alguien comentaba que desde el puesto número 28 hasta el último corredor en llegar a la meta, el 156, el retraso respecto al vencedor de la etapa iba desde los cuatro minutos a los treinta. Teniendo en cuenta que prácticamente todos los ciclistas habían comenzado la subida a la Bola del Mundo en pelotón, sus tres kilómetros de recorrido ponían de manifiesto su suprema dureza y esas diferencias de tiempo tan escandalosas.

El viejo profesor volvió a acordarse del ciclista mospintoleño, Rafael García. En ese momento, el mismo que había comentado con todo lujo de detalles los detalles de tiempo de la etapa, dijo en voz alta:

—Me dicen por el móvil que un ciclista se ha desvanecido justo cuando estaba a punto de cruzar la meta. Están intentando reanimarle aunque la cosa pinta fea...

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó inocentemente un señor que se encontraba al final de la barra.



—Iría dopado hasta las orejas y ya ves... Ojalá no la palme... —le contestó un tipo de al lado.

—Si es que algunos son unos irresponsables... -replicó el que había preguntado.

Don Faustino, que ya había pagado su consumición hacía unos minutos, salió del bar con aire pesaroso y miró al cielo. Tenía el presentimiento de que el bueno de Rafael estaba siendo llevado en esos momentos en un helicóptero del 112 hacia un hospital de Madrid.

